

Este acuerdo fué fijado en los parajes públicos. En seguida, el alcalde expidió, desde las oficinas del directorio, órdenes á los comandantes y á los administradores de policía para la ejecución del acuerdo. Tampoco faltaron requerimientos, órdenes y prohibiciones públicas. Pero por otra parte dieron muestras de sin igual sinceridad los que estaban resueltos á oponerse á toda prohibición, los cuales, con auxilio del alcalde, deseoso de que se realizaran sus propósitos, decidieron no solo que la prohibición era nula sino que las órdenes dadas en 19 de junio habían sido falseadas para que dijieran todo lo contrario de lo que se habían propuesto sus autores. A las diez de la noche presentaron los comandantes de los batallones de la guardia nacional á Petion, declarando Santerre que nada en el mundo podría impedir que los guardias nacionales y los ciudadanos empuñasen, á la mañana siguiente, las armas; que los habitantes de los alrededores de París se unieran á ellos para celebrar la preparada fiesta, y añadiendo que toda disposición contraria sería inútil y que ellos se oponían simplemente á cuanto se dijera. «Con nosotros, concluyó, no se puede proceder de otra manera que con los demás que han sido bien recibidos por la Asamblea.» La misma declaración hizo Alexandre en nombre del arrabal de San Marcelo, y aunque los demás comandantes no se expresaron exactamente de la misma manera, tampoco aseguraron que sus batallones opinaran de distinto modo. A media noche escribieron los administradores de policía al alcalde proponiéndole que la guardia nacional acompañara en formación á la comitiva.

Roederer convocó el directorio, el cual se reunió á las cuatro de la mañana y desechó la proposición de los administradores. Entonces se recibió una carta del alcalde en la cual este insistía en dicha petición; Roederer, por acuerdo del directorio, escribió: «No vemos que vuestra carta, fechada á las cinco de la madrugada, pueda hacernos variar de opinión.» El directorio desechó, pues, la proposición por unanimidad. «Con ella se evitarían desórdenes y desmanes,» decía Petion, y contestaba el directorio: «Con ella se legitimaría una reunión ilegal y todo cuanto de esta pudiera derivarse.» El directorio confirmó las órdenes expedidas á la guardia nacional y envió al ministro las proposiciones de la municipalidad y todas las contestaciones que habían mediado. Todo fué en vano: muchas secciones tomaron por sí y ante sí acuerdos y facultaron á los comandantes para acompañar á la procesión cívica (1), de manera que la guardia nacional fué simplemente convocada el 20 de junio ó para presenciar el espectáculo ó para aumentar su solemnidad.

Las tropas de Santerre figuraban ya en la marcha y su número aumentaba por millares con los que á ellas se iban agregando, cuando Roederer se presentó en la Asamblea para recordar la ley que prohibía en absoluto toda petición armada y que exigía para toda reunión pacífica de más de veinte personas el permiso de la municipalidad, añadiendo que había llegado el momento decisivo de hacer respetar la ley y que el municipio no podía responder por más tiempo de la seguridad personal de la Asamblea si esta le dejaba desairado (2). Pero la Asamblea había tolerado con tanta frecuencia, como recordó Vergniaud, el desorden de las manifestaciones armadas, que ya no podía retroceder, sobre todo desde el momento en que los peticionarios afirmaban que solo les movía el más puro y noble civismo. La Asamblea discutía aun sobre esta cuestión, sin hallar medio posible de escapar del callejón sin salida en que ella misma se había metido, cuando á las dos de la tarde las masas impa-

(1) Roederer, pág. 20.
(2) *Hist. parl.*, XV, pág. 128.

cientes penetraron en el salón, y su orador, un tal Huguenin (3), en un discurso de la más insulsa retórica callejera y de club, expresó los deseos populares que habían de ser acto continuo satisfechos, si no se quería obligar al pueblo á que «tiñera sus manos en la sangre de los conjurados.» Después se presentó una música tocando el *ça ira*; y en medio de un tumulto espantoso y acaudillada por Santerre y Saint-Hurugue, penetró en el salón gritando, bailando y gesticulando una masa compacta de ciudadanos y ciudadanas, armados de sables, picas, hachas, hoces, horcas, cuchillos, palos con punta de hierro y banderas con toda clase de inscripciones. En estas se leía: «¡Abajo el veto! Advertencia á Luis XVI. El pueblo está cansado de sufrir. ¡Libertad ó muerte!» Veinte mil personas penetraron en el «Santuario de las leyes.» A las cuatro terminó la manifestación, y al concluir, Santerre entregó á la Asamblea, para eterna memoria, una bandera, que fué aceptada con muestras de gratitud por el presidente.

El sitio en donde celebraba sus sesiones la Asamblea nacional era el mismo que había ocupado su antecesora desde el 9 de noviembre de 1789, á saber: la gran sala del Picadero; por el largo y estrecho patio de aquel edificio desembocó la muchedumbre en el jardín de las Tullerías y desde allí, y por la fachada principal del palacio, se extendió por los muelles para regresar por ellos pacíficamente, según se creía, al arrabal de San Antonio. Pero de repente detúvose la comitiva delante de la pequeña puerta de la plaza del Carrousel penetrando en ella en grupos poco numerosos. De los veinte batallones de la guardia nacional que el general de esta fuerza Romainvilliers (4) había situado al rededor de las Tullerías, encontrábase en el lado Este del palacio cinco; dentro del palacio uno, además de los centinelas y sus relevos y de cien gendarmes de á caballo. Estas tropas eran suficientes para impedir que la canalla penetrara por ninguna puerta y en ningún patio. Pero Romainvilliers, correligionario de Petion, tuvo á bien, después de alegar algunas excusas fútiles, no dar orden alguna á sus batallones, fundándose en que él no tenía orden alguna, y desaparecer cuando se le pidió razón de ello. La entonces pequeña plaza del Carrousel fué en pocos momentos invadida por la multitud. Delante de la puerta del patio real, que permanecía cerrada, colocáronse los cañones de los arrabales y los artilleros se disponían á hacer fuego, cuando se oyeron gritos de: «¡No dispáreis, ya se abrirá!» y en efecto, la puerta fué abierta por los que estaban dentro,—hoy todavía se ignora quién la abrió (5),—las dos alas de aquella masa se inclinaron sobre sus ángulos y el populacho penetró como un torrente en el patio y desde este, y por una verja que no pudo ser cerrada, entró en el palacio, subió la escalera principal é invadió las habitaciones del rey.

En la sala, todavía cerrada, de la Claraboya encontrábase el rey con su hermana, Madama Isabel, tres ministros, el mariscal Monchy, dos oficiales de la gendarmería, dos caballeros de San Luis y algunos voluntarios de la guardia nacional, á los cuales se reunió por una puerta interior el jefe de batallón Acloque con algunos granaderos, cuando comenzó á oírse detrás de la puerta el tumulto de la masa invasora. En la referida puerta resonaban los hachazos y golpes de maza. «Señor, dijo uno de los granaderos al monarca, no temais nada.—No, contestó este, nada temo; poned la mano sobre mi corazón y vereis que está tranquilo,» y al decir esto llevó con violencia la mano del granadero sobre su pecho. Luis no quiso emplear la fuerza contra su

(3) Roederer, págs. 30-32.
(4) Así escribe este nombre Mortimer-Ternaux. La *Hist. parl.* y Roederer escriben Romainvilliers.
(5) Mortimer-Ternaux, I, pág. 193.

propio pueblo, ni siquiera cuando el derecho de la personal defensa coincidía con el deber de rey; esto le había valido el dictado de cobarde. Pero presentarse desarmado delante de unos asesinos que podían arrebatarlo todo menos su buena fe, no le costaba esfuerzo alguno, de manera que podía mostrarse fuerte como un héroe y tranquilo como un verdadero hijo de París.

Por orden suya, descorrieron los cerrojos, abrióse la puerta y el pueblo penetró en el salón. «Ciudadanos, dijo Acloque á los primeros que habían entrado, mirad á vuestro rey, respetadle, que así os lo ordena la ley; yo y todos nosotros moriremos antes de consentir el menor ataque á su inviolabilidad.» Durante el momento de silencio que siguió á estas palabras, pronunciadas con voz enérgica, el rey se había subido á un banquillo que estaba junto á una ventana: entonces tuvo que separarse de él su heroica hermana Madama Isabel. El populacho, creyendo que era la reina, prorrumpió en imprecaciones y en amenazas de muerte. «No les saqueis de su error, dijo ella á los que la rodeaban, dejadles que crean que soy la reina, á fin de que esta tenga tiempo de ponerse en salvo (1).»

Entretanto, toda la sala había sido invadida por el populacho armado. «¿Qué queréis?»—dijo el rey con la mayor tranquilidad.—Soy vuestro rey y nunca me he apartado de la Constitución.» «¡Abajo Mr. Veto! ¡Al diablo con el veto!»—exclamaron cien voces roncadas.—«Queremos nuevamente á los ministros patriotas! Es preciso que firme, pues no saldremos de aquí hasta que lo haya hecho.» Y al decir esto apuntaronle con sus sables, sus picas y sus hoces (2). En medio de aquel espantoso tumulto, que se aumentaba incesantemente por las oleadas que desde afuera invadían el salón, era imposible ya entender una sola palabra, cuando el carnicero Legendre consiguió con su potente voz restablecer el silencio: «Señor,—exclamó, y al ver que el rey con un movimiento procuraba evitar tan intolerable discurso, prosiguió diciendo:—Sí, señor, escuchadnos, pues estais aquí para escucharnos; sois un pérfido; siempre nos habeis engañado y todavía nos estais engañando, pero tened cuidado: la medida está colmada y el pueblo está cansado de ser juguete vuestro.» Y después de haberse expresado así leyó en nombre del pueblo soberano un documento lleno de injurias, mentiras y amenazas. Luis XVI no contestó más que estas sencillas palabras: «Yo haré lo que las leyes y los decretos me ordenan que haga.» De nuevo se oyeron en todos los ámbitos del salón gritos de: «¡Abajo el rey! ¡Reposicion de los ministros, la ley contra los sacerdotes, la ley de los veinte mil hombres! ¡Al diablo con el veto!» Pero el rey permaneció impasible, sin decir una palabra acerca de los ministros á quienes había destituido ni de la ley que no había aprobado ni quería aprobar, y sin hacer la menor manifestación que pudiera parecerse á una promesa. Así se portaba aquel monarca antes tan indeciso y á quien los demagogos creían poder coger de sorpresa. Aquellas turbas no habían contado con esto, y los cobardes asesinos que habían ido allí con intenciones sangrientas se vieron desarmados al contemplar á aquel hombre enérgico que sin cerrar los párpados les miraba con airados ojos, despreciaba sus amenazas é imprecaciones y esperaba el golpe de las levantadas armas con majestuosa firmeza. En vez de un hombre débil, se habían encontrado con un rey, habiéndose trocado los papeles. La multitud arrojó un gorro encarnado al rey y este se lo puso con regocijo de todos. Una mujer le presentó una espada con flores y con una escarapela, y blandiéndola el

(1) Campan: *Mémoires*, II, pág. 212.
(2) Roederer, pág. 49.

monarca contestó al grito que entonces se dió de: «¡Viva la nación!» El calor insoportable que en la habitación se sentía hacia que el sudor bañara su frente; y una guardia nacional tomó un vaso de vino y dijo: «Señor, debéis tener sed, y si yo me atreviera á ofreceros... No temais nada, soy un hombre honrado, y para que podáis beber sin temor alguno, beberé yo primero si me lo permitís.—Sí, amigo, beberé en vuestro vaso,» y en medio de los aplausos que estallaron exclamó: «¡Pueblo de París, bebo á tu salud y á la de la nación francesa!»

Dos horas hacia que duraban estas escenas indescribibles cuando llegaron Santerre, Isnard, Vergniaud y por último el alcalde Petion para arengar á las masas. «Señor, se atrevió á decir el alcalde, ahora mismo acabo de saber la situación en que os encontráis.—Es muy extraño, replicó el rey, porque hace dos horas que dura esto.» Petion reunió toda la fuerza de sus pulmones para hacerse oír en medio de aquel espantoso tumulto. «Ciudadanos, dijo, habeis dado á conocer vuestros deseos al representante hereditario de la nación. No podeis ir más allá: el rey no puede ni debe contestar á una petición que se le hace con las armas en la mano. El rey meditará tranquilamente sobre lo que ha de hacer. Indudablemente, el ejemplo que habeis dado será imitado por los 83 departamentos y el rey no podrá menos de acceder á los deseos ostensibles del pueblo.» Pero la multitud no se movió. Un joven exclamó, dirigiéndose al monarca: «Señor, señor, en nombre de las diez mil almas que me rodean, os pido la reposición de los ministros patriotas y la sanción de las leyes relativas á los sacerdotes y á los 20,000 hombres; de lo contrario pereceréis.» Esta intimación fué hecha formalmente, y si no se pasó de las amenazas á vías de hecho debióse á la impresión que la persona del rey produjo en el ánimo de aquellos bandidos cobardes. Algunos descamisados decían: «Sería una lástima; parece un buen muchacho (3).» El rey dijo á los alborotadores: «Os apartais de la ley, dirigíos á los magistrados del pueblo.» Firme se mantuvo el monarca hasta el último momento y por fin se retiraron los amotinados, no por respeto al alcalde ni á los oradores de la Asamblea sino porque en definitiva no sabían ya lo que querían en palacio, después de no haber conseguido nada con sus amenazas. A las ocho de la noche pudo el rey finalmente estrechar entre sus brazos á su familia.

Esta también había pasado sus horas de amargura. En la sala de conferencias de los ministros, la reina, con Madama Isabel y el pequeño delfín, había tenido que sufrir las consecuencias de aquella manifestación de los tumultuosos habitantes del arrabal. Una triple fila de granaderos del batallón de las Filles-Saint-Thomas, á las órdenes del valiente Mandat, había protegido á las regias personas contra todo peligro inmediato de muerte.

El mismo Santerre se puso entre los granaderos para servir á la reina de escudo, según él decía; pero si no se pasó á vías de hecho, no escasearon las más irritantes injurias y amenazas. Una mujer del mercado vomitó sobre la reina cien imprecaciones; la reina le preguntó: «¿Qué mal os he hecho?»—Ninguno, contestó la mujer, pero sois causa de la desgracia de la nación.—Os han engañado, repuso la reina, me he casado con el rey de Francia y soy madre del delfín; soy francesa y no volveré á ver nunca mi patria: solo en Francia puedo ser dichosa ó infortunada; era feliz cuando

(3) Prudhomme: *Crimes de la révolution*, III, pág. 43. «El rey debía ser asesinado, y nosotros oímos á algunos ciudadanos descamisados exclamar:—¡Sería una lástima, pues tiene el aire de un buen hombre!...» Véase Taine: *La Révolution*, II, pág. 206. Legendre confesó más adelante en la Convención al diputado Boissy d'Anglas, que se había formado el plan de asesinar al rey. *Chronique*, pág. 60.

vosotros me amabais.» Entonces la mujer se deshizo en lágrimas y dijo: «¡Ah, señora, perdonadme! no os conocía y ahora veo que sois buena.» Santerre, al oírlo, exclamó: «Esta mujer está borracha (1).»

Por primera y única vez en su vida había conseguido Luis XVI una victoria moral completa que á nadie mas que á sí mismo debía, y bajo la impresion de esta victoria publicó, en 22 de junio, una proclama, que firmó su caballeresco ministro del Interior, Terrier de Moncel, y que decia así:

«No sin pena habrán sabido los franceses que un populacho mal aconsejado por algunos conjurados ha penetrado á mano armada en las habitaciones del rey, situado un cañon en la misma sala de guardias, derribado á hachazos la puerta de su cuarto y, una vez en este, abusando cínicamente del nombre de la nacion, intentado arrancar por la violencia la aprobacion que el monarca, en virtud de su derecho constitucional se ha negado á dar á dos decretos. A las amenazas é insultos de los amotinados no ha opuesto el rey mas que



Invasión de la Asamblea en 20 de junio

su conciencia y el amor que el bien público le inspira. El rey no sabe hasta dónde llegarán las cosas; pero tiene necesidad de decir á la nacion francesa que ninguna violencia, ninguna agresion podrá arrancarle su consentimiento para medidas que cree contrarias al público bienestar. Sin exhalar queja alguna hace abandono de su reposo y de su seguridad; sin dolor alguno sacrifica el goce de aquellos derechos que á todos los hombres se conceden, y que la ley debe amparar en él lo mismo que en los demás ciudadanos; pero como representante hereditario de la nacion francesa tiene graves

(1) Relacion de Mandat, reproducida por Mortimer-Ternaux, I, página 219.

deberes que cumplir, y si puede hacer el sacrificio de su tranquilidad, no le es dado en manera alguna sacrificar su deber. Si los que quieren derribar la monarquía necesitan un nuevo crimen, pueden cometerlo; en los momentos de crisis por que el trono atraviesa, el rey dará á todas las autoridades ejemplo de valor y de energía, único medio de salvar el reino. En su consecuencia, ordena á todas las corporaciones administrativas que velen por la seguridad de las personas y de la propiedad (2).»

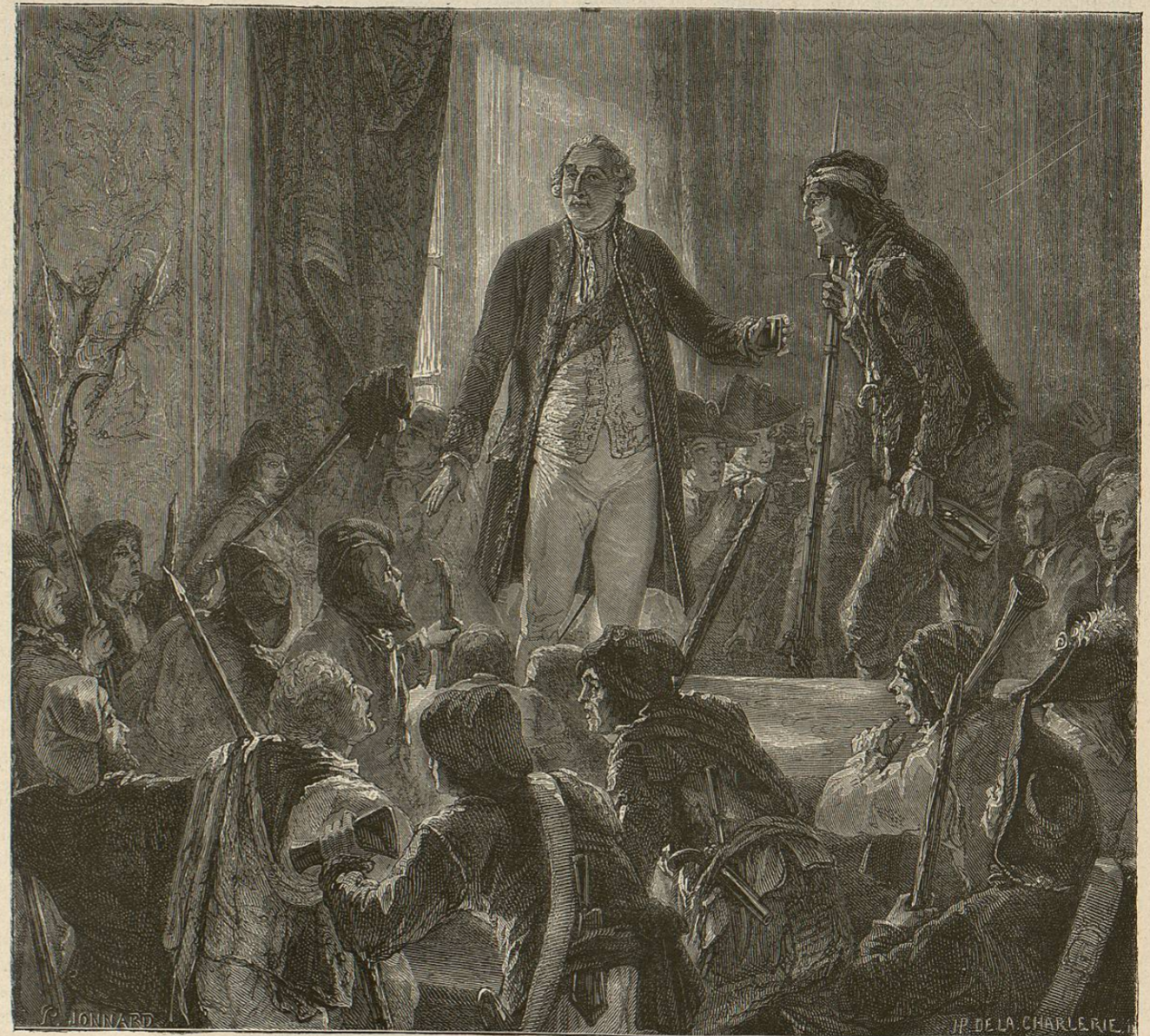
Si la Francia se hubiese encontrado en estado de levantarse moralmente, la noticia de los sucesos de 20 de junio hubiera

(2) Mortimer-Ternaux, I, págs. 247-248.

bastado para resucitar la causa monárquica, dándole fuerzas colosales y supeditando por completo al jacobinismo. Pero el Estado se veía fraccionado en cien mil pedazos; para unirlo y reanimarlo faltaba, no solo la fuerza, sino tambien el derecho. La nueva Constitucion condenaba como crimen cualquier tentativa que á este objeto se encaminase. El derecho público de Francia llevaba consigo la anarquía, y esto no lo habian previsto los patriotas que á la sazón se atrevian á acusar á los jacobinos del crimen de traicion á la patria y á

la libertad, considerando la tiranía de aquel club como la enfermedad cuando no era mas que el síntoma, la supuracion visible.

¿Quería el general Lafayette cuando, al tener noticia de los sucesos del 20 de junio, abandonó sin permiso del ministro de la Guerra el campamento de Bavay y se presentó el día 28 á la Asamblea nacional acompañado de sus ayudantes (1)? Quería destruir la tiranía de los jacobinos, como lo habia exigido en su carta de 16 de junio y como de nuevo



El rey bebiendo á la salud de la nacion

lo pedia á sus compañeros de armas. Se cree comunmente que si la Asamblea nacional, á instancias suyas, hubiera tomado un acuerdo atrevido, si el rey no le hubiera recibido tan friamente (2), y si los guardias nacionales dotados de buen sentido se hubieran agrupado á su alrededor, habria sido fácil hacer entrar en razon á la canalla jacobina y cerrar el peligroso club de la calle de Saint Honoré. En efecto, esta no hubiera sido ninguna empresa arriesgada, y será siempre vergonzoso para el «héroe de ambos mundos» el

(1) Mortimer-Ternaux, I, pág. 287.

(2) La reina decia á Madama Isabel: «Vale mas perecer que ser salvados por Lafayette y los constitucionales.» Lafayette: *Mémoires*, tomo III, pág. 336. Campan: *Mémoires*, II, pág. 225.

que despues de haber acudido á Paris no intentara robustecer con la tentativa de una hazaña semejante las altisonantes palabras que en la Asamblea pronunció. ¿Pero qué se hubiera conseguido con un golpe de mano armada contra el club de los jacobinos? Que por espacio de algun tiempo se encontrase en Paris sin edificio donde reunirse, y nada mas. No podia prohibirse la «Asociacion de los amigos de la Constitucion,» pues bajo el amparo de la ley existia. Tampoco podian ponerse trabas á la prensa jacobina, pues la libertad de imprenta era uno de los mas sagrados derechos del hombre que á los franceses se habian concedido. Ni habia contra los mas públicos excesos de los jacobinos policia ni acusadores ni jueces, pues Francia, en virtud de su Constitucion, no tenia